

¡Pobres gentes, que traen sus idilios del campo á las malicias de la ciudad envidiosa! ¡Pobre y adorable *isidra*, en celada por una ti- ple de zarzuela!... Si supieras tú los dolores íntimos de esta bara- hunda de la Corte, ¿cómo habías de recelar de un oropel cuyo forro esta descosido y mugriento? Dentro de unos días, en tu casa, espa- ciosa y llena de todo, serás la reina mimada. Y estas pobres mucha- chas de Madrid que te mortificaron una sola noche, seguirán en su maldito camino de miseria, en su vida de hambre con tapujos, sus- pirando tal vez por un médico, como tu marido, con cuello ridículo y monumental; por una toca pasada de moda, como la tuya... por una casa, como tu casa, abundante, limpia, aseada, fresca, donde la paz y la salud no dan tiempo á la envidia maliciosa del no comer...

Cristóbal de Castro.

Las Acacias.

Ya no vive nadie en ella
y á la orilla del camino silenciosa está la casa...
se diría que su puerta la cerraron para siempre,
que cerraron para siempre sus ventanas...
gine el viento en los aleros,
desmorónanse las tapias...
¡á su puerta cabecean tristemente,
combatidas por el viento, las acacias!...
¡Todo ha muerto!... los cantares y el bullicio... Se marcharon
los que fueron la alegría y el calor de aquella casa...
Se marcharon silenciosos... unos, muertos...
otros, vivos, que llevaban
¡desdichados!
muerta el alma....
Se marcharon silenciosos... ¡silenciosa
despedíalos la casa!...
¡Todo ha muerto! Por señal de vida, en torno,
solo quedan las acacias,
que movidas por el viento cabecean tristemente
y á lo lejos se destacan
como seres misteriosos que abatidos
una historia de tristezas comentáran.

.....
Dolorido, fatigado de este viaje de la vida,
he pasado por la puerta de la casa...
el silencio de la noche y el silencio de la muerte
por el viento quejumbroso solamente se turbaban
¡y la historia de tristezas,
abatidas me han contado las acacias!

Vicente Medina.

Oligarquía y Caciquismo.

El Sr. Costa ha tenido una idea feliz, la de someter á casi pública información el tema planteado y desarrollado magistralmente en la Memoria que presentó y leyó á la sección de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo.

Mientras se leen en «la docta casa» informes de los profesores, políticos y periodistas invitados por el Sr. Costa, los caciques y los oligarcas, acuden también, sin ser llamados en la información.

Sabias y buenas cosas, y bien escritas ó dichas se oirán en el Ateneo, pero en realidad, en elocuencia, en fuerza plástica, en sabor, color y aun olor nada como las *cosazas* que hacen, no dicen ni escriben los reyes y señores de España.

S. M. el cacique se dispone á remudar el personal de agentes, correveidiles y zurupetos, que en derecho constitucional, tienen el pomposo nombre de representantes de la nación.

Hay caciques máximos que son al par oligarcas; verbigracia, Pidal, Sr. de Asturias, Montero, Vega Armijo, Tetuán, Gamazo, señores respectivamente de Pontevedra, de otra provincia gallega y de Córdoba, de Castellón y de Valladolid y Santander.

Los hay medianos, caciques no *ministrables*, pero sí senadores vitalicios ó diputados permanentes, como el marqués de Viesca, los Larios, los Ibarra los Girona y los Echevarría, Chavarris, Ortueña, etc., etc., de Bilbao. Estos tales, por lo común, son hombres de colmillo retorcido, mucho dinero y poca conciencia; más taimados que listos, sin otra cultura que la gramática parda sabida de pe á pa, y á veces el arrimo de un oligarca. Viesca, por ejemplo, fué consuegro de Martínez Campos. Vienen después los caciques propiamente tales; los que viven de serlo, los que no son ni pueden ser otra cosa. Estos son la personificación del cuerpo electoral, son los que votan, su misión es hacer diputados. para que éstos, influyendo en los gobiernos, les manden de Madrid hechos á gusto y medida del cacique elector el gobernador, delegado de Hacienda, presidente de la Audiencia, magistrados, jueces, alcaldes, empleados, guardias, peatones, etc., etc. El cacique se divide en rústico y en urbano, de la ciudad ó el campo; los hay insectos, los más dañinos, y varían también por la profesión, siendo las que más les cuadra las de abogados sin pleitos, terratenientes en barbecho, comerciantes y usureros; los nombres son vulgares. son esas celebridades locales, cuyo nombre repetido sin cesar extraña al viajero. El cacique de turno en Valencia es ahora un tal Sopiña. ¿Quién le conoce? Pues, ese don nadie, designa y elige los diputados liberales. Así en todas partes.

Más nuevas y no menos graves son las manifestaciones que ahora se dan de las preeminencias, fueros y franquicias de sociedades.

Compañías é Institutos. Es lo que faltaba para completar el cuadro, para determinar nuestra organización feudal y para hacer patente la debilidad del Estado y lo agudo de la dolencia que abate el cuerpo social.

En el reinado de Enrique IV, del cual ha hecho pintorescos y luminosos estudios el Sr. Costa, no solamente los nobles eran más poderosos que el monarca; lo eran también las órdenes Militares, las comunidades religiosas, la Santa Hermandad. Todas ellas y otras muchas de esas que hoy llamaríamos personas jurídicas gozaban de exenciones, de fueros y privilegios; tenían su especie de ejército, se las tenían tiesas con el rey, y no rezaban con ellos deberes, obligaciones, ni cargos. La espada de la ley era para ellos lo que la de Bernardo.

Ahora lo mismo. No hay señores feudales de horca y cuchillo, pero hay caciques que disponen hasta de la vida de los desamparados de todo valimiento. No son las Ordenes religiosas más que unas cofradías de lujosos atalajes, no goza de privilegios la Mesta, no hay en la ley fueros, antes somos todos iguales ante ella; pero en la realidad todo está igual.

Las comunidades religiosas no tienen estancos terrenos como entonces, pero poseen palacios y acciones y billetes. Y las compañías, sociedades y asociaciones de índole economista, son señores de horca y cuchillo, con fueros, omnipotencia, franquicias é inmunidades que hácenles superiores á la misma corona.

No tienen leyes especiales, pero gozan de la especialidad de verse libres de toda ley. Con ellas no rigen las leyes, desde las Ordenanzas municipales á la Constitución del Estado. Las hay que gozan del privilegio de tener milicia y una tiene ejércitos de mar y de tierra.

Sus nombres son más prosáicos. Nada de la Orden Militar de Calatrava. No. Esa poderosa Sociedad de flota, caballos é infantes, llamada así por mal nombre, *La Tabacalera*. La que monopoliza el arriendo de los consumos en los principales municipios españoles, esclavos hasta este punto, no es Sociedad siquiera: es una persona, un diputado probable, un tal Simón, maestro, como un brujo, en el arte de *untar*. El señor de Simón goza, entre otras ventajas, la de tener á su servicio milicias ciudadanas.

Pueden estas Compañías robar y matar con la misma ó mayor impunidad que los señores feudales.

La Cerillera, estafa cerillas; la *Panificadora*, da en Madrid el nuevo y entretenido *timo del panecillo*, y la de tranvías, á la que bien podemos llamar *La flamenca*, nos pone el alma en un hilo eléctrico y contribuye poderosamente á aumentar la mortalidad en la villa y corte de la muerte.

Como nuestra nación, además de ser católica por excelencia y el granero de Europa, es la más independiente de las naciones, se ha abierto incautamente á judíos, ingleses, alemanes, franceses y belgas, viniendo á ser colonia cosmopolita. Lo de menos es Gibraltar:

lo más terrible y afrentoso es Nerva y Riotinto, tan de Inglaterra para el provecho como el Peñón; pero de España, para el trabajo y las cargas.

Auxiliares, funcionarios y defensores de esas Compañías, son los oligarcas más empingorotados, los cuales, con el nombre de consejeros ó merced á la condición de abogados, cobran de ellas al mismo tiempo que de la nación, favorecen á aquélla contra éstas, y cobrando del verdugo y la víctima, hacen ellos un negocio redondo.

La Santa Hermandad moderna, comparable á la que tuvieron que reorganizar los Reyes Católicos, lo es, por sus fueros y desafueros, la Guardia civil.

Tiene este Cuerpo más preeminencias, merced á Cánovas, que la magistratura. Insultar á un ministro, á un capitán ó al arzobispo de Toledo, es menos peligroso que ofender levemente á un simple guardia.

Se usa en España, como medio de prueba, el tormento, abolido de las leyes, no de las costumbres, por guardias de Orden público, polizontes, municipales y demás gente menuda; pero la Guardia civil, no sólo usa, sino que abusa del inquisitorial procedimiento. ¡Hay cada *Scarpia* en el Instituto que inventó el duque de Ahumada!

A veces se exceden un tanto y se equivocan—de hombres, aunque sean guardias civiles, es el errar,—y la opinión se indigna un poco, nada más que un poco, que es lo sucedido ahora con motivo del apaleamiento del villano de Vallecas. Gregorio Quintero. Pero no ocurrirá nada malo á los guardias atormentadores, porque por algo la actual forma de gobierno en España es la *democrática* oligarquía y el *santo* caciquismo.

Aplausos merece el Sr. Costa por su brillante Memoria, buen juicio y excelente voluntad; mas para elegir informadores no ha estado muy acertado.

Mejor que Pi y Margall, Alfredo Calderón, Dorado Montero, Unamuno, Altamira, Posada, Buylla, Azcárate, Federico Rubio, etcétera, etc., le pueden ilustrar mejor Sapiña, Planas, Viesca, Larios, Simón, *los flamencos* de los tranvías *grises* y los civiles de Vallecas.

Llámelos... lo que quiera, y abra, no una información, una sala donde se enseñe gratis la esgrima de la hoz.

Roberto Castrovido.

LA VIUDA

—Pues sí, yo lo quiero, es un capricho mío ¿sabes? La casa me aburre, no hemos salido desde el día que nos casamos, nos observan todos y no podemos mirarnos sin que los demás nos miren y sonrían maliciosamente.

Lo dicho, Enrique, esta tarde salimos de caza. Tengo ganas de ver el campo, de trepar al castillo donde me hiciste tu confesión de amor; quiero respirar á pleno pulmón el aire de la montaña, á solas contigo, libre de miradas indiscretas que me abruman.

Y en los ojos serenos de la locuaz recién casada, brillaba la dicha y el afán de ser complacida.

Fué inútil que su marido intentase disuadirla. Ella inoportunó una y otra vez, y él tuvo que ceder al fin.

Provistos de sombrilla Elvira y de escopeta Enrique, salieron del pueblo y comenzaron la ascension de la cuesta. Una senda estrecha y tortuosa conducía hasta la mitad del monte; después sólo el desgaste que en las piedras y pizarras había producido el frecuente pasar y repasar de cazadores y labriegos indicaba el sitio menos frágoso para llegar al castillo.

Ella, juguetona y animosa, quiso ir delante. Seguía la Enrique, admirando la agilidad de Elvira y sus robustas caderas de Venus lugareña, que temblaban alternativamente al apoyar con firmeza el pie en la resbaladiza senda.

—Cobarde, que no me alcanzas.

Y al sentir más próximos los pasos de su marido, reía gozosa, enarcaba el cuerpo hacia adelante y apresuraba la marcha fiando en la solidez de sus piernas.

Fué en vano que el marido la invitase repetidas veces á descansar. Ella seguía, seguía enardecida la marcha hacia arriba, más tenaz cuanto más cansada, hasta llegar al termino de la vereda. Allí se dejó caer medio desfallecida, á la vera de un ribazo protegido por la sombra de una encina, último arbol que en la falda del monte había.

Enrique se recostó al lado, extendiendo el brazo derecho para que sirviese á la rendida hembra de cabezal amoroso.

Por milésima vez pensó entonces el feliz esposo que jamás había visto otro tipo que tan bien encarnase el ideal que de la mujer había concebido, como aquella Elvira que estaba contemplando semi-desfallecida, sudorosa, pegados á las sienas sus cabellos de oro, palpitante de fatiga el entreabierto seno que seguía el ritmo precipitado de la respiración.

En los ensueños de la juventud, cuando el alma acude á la fantasía para revestir de formas quiméricas á sus vagos ideales, Enrique había imaginado una Eva rubia, de ojos glaucos como el mar y tranquilos como una noche de verano, de anchas espaldas y de caderas poderosas, sin que el exceso de plasticidad la privase de ma-

gestad y gracia. Una Eva así, por necesidad había de completarla un alma capaz de sentir las violencias de intenso amor, sin degenerar en morboso. Soñaba, en fin, con una mujer que en nada se pareciese á las anémicas que había conocido en la capital. Tan sana la quería de cuerpo como de espíritu.

Aquella mujer, en otro tiempo soñada, la tenía ahora entre sus brazos nerviosos por la pasión que empezaba á quemarle la sangre. La veía soberbia, llena de voluptuosa laxitud, incitadora en su abandono.

No pudiéndose contener más tiempo acercó sus labios ardientes de deseo á los lábios entreabiertos de la hembra, que dió un débil grito de sorpresa y se levanto prestamente.

—Sigamos.

Su marido la suplicó sonriente y rendido.

—No, aún no es hora,—repuso ella haciendo un gracioso mohín de esperanza mientras miraba al castillo.

Reanudaron la ascensión dando la vuelta al monte para buscar mejor camino.

Elvira no parecía la mujer animosa de antes. La molestaba el sol y la sombrilla; caminaba indolentemente apoyándose en el hombro de Enrique para no caer. De pronto se detuvo.

—¿No oyes?

—¿Qué sucede?

—Son las perdices que cantan.

El cazador prestó atención, y enseguida dijo:

—Están lejos; en la solana de enfrente. Es preciso que crucemos el valle para buscarlas en la otra sierra.

—Pues dejémoslas en paz. Estoy cansada y deseo llegar pronto al castillo.

—¿Pero no querías cazar?—observó él con maliciosa é insinuante intención.

Por toda respuesta, ella midió con la vista el trecho que les separaba de la altura. Esta muda promesa le pareció á Enrique preferible á ir de monte en monte buscando las perdices.

Apresuraron cuanto les fué posible el paso hasta tocar la cumbre poblada de ruinas.

Cuando llegaron á la amplia plazoleta cubierta de musgo, la mujer dió un suspiro de satisfacción, y como reanimada de súbito por el aire vivificador de la altura fuertemente impregnado del olor salutarífico de tomillos y romeros, volvió á dar libre curso á su charla encantadora, contenida durante la segunda mitad de la caminata.

—Ven, Enrique, ven y siéntate á mi lado.

Enseguida le recordó aquella otra tarde de verano, cuando él la hizo su primera confesión de amor, en aquel mismo sitio; las carcajadas de ella al ver la actitud patética y apasionada del amator de continuo tan serio y reposado; la tristeza que sucedió á la risa,

cuando los demás rieron al comprender por la actitud de ambos de lo que trataban.

Enrique nada decía. Con el brazo rodeando el talle de su mujer, deleitábase oyendo la charla gentil de ella y se embriagaba con el espectáculo que le rodeaba.

Abajo, al pie de la montaña, se veía el pueblo con sus casas blancas y apiñadas, con sus calles rectas y estrechas. Del pueblo salía la carretera polvorienta, larga y tortuosa como una serpiente, enlazando cual cinturón de plata á los cuatro pueblecillos de la llanura, apenas perceptibles sumergidos en aquel océano de luz solar que daba al espacio el tinte rojo del incendio haciendo difícil la visión.

Enrique apretaba instintivamente á Elvira contra su pecho. La contemplación de la naturaleza exuberante que invitaba al amor y á la vida le llenaba de voluptuoso enardecimiento. Ella también sentía hervirle la sangre poderosa, y sus ojos azules como la línea que desde aquella altura se contemplaba del mar remoto, adquirían los fulgores de la pasión erótica.

Se miraron á través del transparente humor acuoso que baña las pupilas excitadas por el deseo. Después se dijeron una palabra, una fan sola, resumen de su amor, y se abrazaron fuertemente; uno de esos abrazos en que los cuerpos en contacto parece que quieren inmiscuirse todo su ser.

Atardecía. El sol empezaba á sumergirse detrás de las montañas que rodeaban la llanura, por poniente, tiñendo de rojo los picachos y enviando su último beso de fuego á las nubes que servían de cortina vaporosa en el horizonte.

Elvira y Enrique, juntas las cabezas, contemplaban la puesta del sol, mudos, abstraídos, sumergidos en esa melancolía soñadora que sigue á una hora de amor al aire libre, rodeados de la naturaleza lujuriosa, cuando el día comienza á desmayar inundando el alma de su plácida tristeza.

Se miraron con infinita ternura.

—¿En que piensas?—murmuró ella, y sus palabras salieron confundidas con un suspiro de amor.

—¿No pensaré quizás en lo mismo que tú?

—Puede ser.

Se habían comprendido. Ambos pensaban en aquella tarde dichosa que empezaba á envolverla el sudario de la noche. ¡Quién sabe si ellos no volverían á gozar otra semejante! Después de esos ratos de máxima felicidad en los que las fuerzas físicas se agotan, el espíritu parece desligarse de la materia y el presentimiento de futuros males, se manifiesta en rápido decaimiento moral.

De pronto levantaron la cabeza sobrescogidos por un ruido extraño.

Una pareja de perdices acababa de posarse enfrente de ellos, en-

cima de un bastión medio derruido por la lluvia y por los huracanes.

Enrique cogió la escopeta y apuntó.

—¡Por Dios, por Dios, no dispaes!—imploró ella angustiosa.

Ya era tarde. La detonación repercutió por montes y por valles. Las perdices levantaron el vuelo espantadas, juntas, muy juntas, tocándose las alas al batirlas; después una se sostuvo indecisa, se estremeció en el espacio y calló redonda en medio de la plazoleta.

Elvira corrió en busca del animal y al encontrarlo muerto, miró desolada á la compañera que cruzaba el valle y una gran pena le oprimió el corazón.

—¡Has dejado viuda á esa pobre perdzil!—dijo mirando á su marido.

Y como si la viuda fuese ella, rompió á llorar amargamente.

M. Gíges Aparicio.

LETRAS ALEMANAS

Sueño vivido

El Valle del Crepúsculo llenaban perfumes grises de color de plata, como cuando la luna se tamiza por entre nubes de borrosas tintas.

No era la noche sin embargo. Presto con los aromas de matiz de argento se disiparon en el valle oscuro mis vagos pensamientos de crepúsculo, y entre las aguas de una mar tranquila me hundí callado... y se me fué la vida.

Ví calices de flores misteriosas y negras, que brillaban en la sombra; y en corrientes de tinte anaranjado —como tibios fulgores de topacio— una luz que pintaba la floresta de triste claridad amarillente, y todo estaba lleno por las olas de una rara cadencia melancólica.

Y sin lograr siquiera comprenderlo mi turbada razón, pero sabiéndolo, clamaba sin cesar entre mi mente, que aquella claridad era la Muerte...

Y la Muerte hecha música; la hermana de los hondos anhelos; la que ama a los seres que viven, y los busca, toda vigor, entre la noche adusta.

Y en silencio y oculta entre mi alma

lloraba por la vida una Nostalgia, y lloraba y lloraba como llora el que se va—llevado por las olas en una enorme embarcación marina de fantásticas velas amarillas— que á los tenues fulgores del ocaso, desde las aguas de un azul opaco— consigue divisar en la ribera todo el cariz de la ciudad paterna, y se ofrecen las calles á sus ojos y percibe el murmullo de los pozos, y de los caros bosques familiares aspira los perfumes otoñales; y se finge de piés entre la arena como en las horas de la edad primera, transido de inquietud, con las pupilas arrasadas en lágrimas esquivas, y ve el roto cristal de su ventana y tras ella su alcoba iluminada....

Pero la enorme embarcación marina que no surte jamás en las orillas, sigue adelante en el silencio mudo que hacen las aguas de un azul obscuro, sobre los viejos mástiles tendidas melancólicas velas amarillas.

Hugo von Hofmansthal.

Indiferencia y escepticismo.

Lenta y laboriosa ha sido siempre la evolución educativa de los pueblos.

Difícilmente las ideas redentoras y las verdades científicas, se han abierto paso á través de las densas sombras formadas por la superstición, el fanatismo, y los prejuicios seculares; pero más lenta y difícil será la obra si esas ideas y esas verdades tienen en frente, impidiéndolas difundirse, además de las aberraciones del espíritu engendradas por la ignorancia, la falta de sentimientos nobles, de ideales levantados que engendran la indiferencia y el escepticismo.

La filosofía racionalista emancipó la personalidad humana de toda imposición sobrenatural; las actuales progresivas corrientes se encaminan á librarla del servilismo material, impidiendo la inicua explotación del hombre por el hombre; en el adelanto de las ideas políticas, se ha afirmado que las naciones no son patrimonios, ni feudos dinásticos, que la soberanía reside en los pueblos; las ciencias han desvanecido los errores religiosos, probando la falsedad de los principios en que se apoyaban las aseveraciones dogmáticas, demostrando la imposibilidad de sobrehumanas revelaciones, proclamando la inmutabilidad de las leyes de la naturaleza; y esto, no obstante, la humanidad aún sufre todos los males de que adoleció antes de que esas conquistas del pensamiento y de la ciencia se hubieran realizado, y de que esas ideas y esos principios fueran sustentados y reconocidos como verdades innegables.

Esto no obedece á otra causa más que á la indiferencia, al escepticismo.

Así, pues, los pueblos que aspiren á redimirse de seculares errores, que deseen ser grandes y dueños de sus destinos, que anhelan vivir bajo un régimen natural, social y político dimanado de su propia voluntad y soberanía, no deben en modo alguno ser indiferentes ni excépticos, sino por el contrario, tener creencias y fe; no esas creencias y esa fe que exige el fanatismo que anula la facultad de pensar y que preconizan los organismos egoístas por conveniencias exclusivistas de doctrinarismo y de secta, tanto en el orden político como en el religioso, sino fe y creencias en si mismos, en sus fuerzas, en su derecho, en sus destinos, en el porvenir que dentro de la humanidad manumitida por la ciencia y por la verdad del yugo del error, y en la marcha incesante del progreso, se reserva á los pueblos que saben vivir y regirse bajo los principios sólidos que sirven de base al imperio de la razón, del derecho, de la justicia y de la libertad.

España adoleció durante mucho tiempo y adolece aún de esos males que dimanaban de los crasísimos errores que fueron y continúan siendo la base de su educación, sus costumbres y sus creencias político-religiosas.

Esos errores van hoy, afortunadamente, desvaneciéndose gracias á la activa y generosa propaganda que para conseguirlo se hace; pero téngase muy presente, si se quiere que la obra sea eficaz y de positivos resultados, que no basta desechar el error y acoger la verdad sólo dentro de lo íntimo de la conciencia individual; es preciso que con actos externos las nuevas ideas se sustenten y defiendan, que á la palabra siga la acción con el valor y el entusiasmo que siempre deben ponerse al servicio de las buenas causas.

Y para hacer esto es indispensable, en primer término, desechar de nuestro espíritu ese frío escepticismo y de nuestro corazón esa mortal indiferencia que apagan en uno todos los ideales y atrofian en otro todos los entusiasmos.

Así como el hombre, individualmente, pocas veces deja de conseguir los fines que persigue, si para ello pone con empeño todas sus fuerzas é iniciativas, también al pueblo, como colectividad, le es dado alcanzar lo que desea, decidiéndose á emplear su acción, su poder irresistible.

De un pueblo que no se conmueve ante los grandes desastres que le hieren, que no se agita cuando hay ocasión para que se produzcan hondas conmociones, que no protesta de los abusos, ni rechaza las exacciones ilegales, ni se alza contra los atropellos é injusticias del poder, no puede esperarse nada que tienda á esas reivindicaciones necesarias para el triunfo del derecho y la razón.

Ese es un pueblo, si no del todo muerto, gravísimamente enfermo á causa de ese mal que se llama anemia.

Y eso le ocurre al nuestro. Hoy el mayor obstáculo que los españoles tenemos que vencer para conseguir que España pueda llegar al logro de sus innegables derechos y de su indiscutible soberanía, conculcados por la teocracia imperante, es nuestra propia indiferencia, nuestro escepticismo enervador.

José Cintora.

Sentida

Me dices que no te quiero,
porque enmudece mi labio
cuando, fija, me contemplas
con ojos enamorados...
Me dices que no te quiero
sin saber lo que siento cuando callo.

—
Cuando tus ojos me miran,
siento que besan mis párpados;
mi corazón se estremece;
quema la sangre mis labios...
Entonces, una palabra
va mi delirio buscando:

palabra que nadie ha dicho,
acento que jamás ha resonado.

—
Cuando tus ojos me miran,
siento que besan mis párpados;
el corazón se estremece;
¡la frase está palpitando!...
Tú dices que no te quiero,
porque á tu cuello no salto
para besarte la boca
hasta que brote sangre de tus labios.

C. José de Cuenca.

De la Exposición de Bellas Artes

El Jurado y los premios.

Saint Aubin—ese *en tout cas* de *El Herald*—ha hecho de Jurado y de crítico juntamente. Primero, como tal jurado, se encontró con que á poco disputaron dos compañeros suyos; y, luego, como tal crítico de Bellas Artes, ha anunciado ya que pondrá como chupa de dómine á los pintores de *esperpentos*.

La obra del Jurado de esta Exposición—infringiendo el Reglamento con esas *consideraciones* de medallas inventadas sin ton ni son—es, á todas luces, censurable. Técnicos y profanos, expositores y no expositores, todo bicho viviente, habla mal de la adquisición de premios. Algo se ha atenuado esa gestión desdichadísima, con haberle dado la medalla de honor á Sorolla. Mas con todo, eso de mezclar caprichosamente nombres como los de Cecilio Plá—un fracasado—y Rusiñol,—el gran artista de la pintura delicada—es una herejía, un crimen de lesa Arte.—¿Por qué regla de tres, ese Jurado que tanto y tanto predica contra las recomendaciones, ha propuesto para *consideración de primera* á Viniegra, cuyo cuadro de *La Vendimia en Jerez* es una irrisión, y ha dejado á Mir, al *místico* del paisaje, con una segunda medalla, y para eso con el *inri* de un empate odioso?

Cuadros como el de Cabrera—*Eterna victima*, que en el público inteligente han causado verdadero asombro; como uno de los retratos de Mongrell—el de la señorita R.—verdadero prodigio de frescura, como el de Brugada—*Despedida*,—á quienes ya de público se les había adjudicado una *primera*, sin siquiera discutirlos, han sido para el Jurado poco menos que tontería, puesto que, según la lista de premios, están á la par que los de Morelli, Nájera, Martínez Abades y otros por el estilo, malos de remate.

Además, se cometió una ilegalidad manifiesta, admitiendo la estatua de Velázquez, de Benlliure, cuando ya había terminado el plazo de admisión.

Ahora resulta que, como hay muchos empates,—por obra y gracia de las dimisiones de algunos jurados—el conde de Romanones será el que resuelva por sí y ante sí. De modo que, necesitándose en esta desdichadísima cuestión, algo imprevisto y casual, que la resuelva, el ministro de Instrucción será el *Deus ex machina* en el desenlace.—Y un conde panadero enmendará la plana á los artistas.

Lo cual que bien puede perdonarse el bollo por el coscorrón.

Luis Algarinejo.

¡Adelante, señores!...

PARA T. ORBE

—¡Hála que hála!—allá va el bueno de Bernardo, carretera adelante, condenado á tirar de un carrillo de mano, lleno hasta los topes con los formeros y las tablas de la obra.

El aspecto del hombre es desastroso, lamentable. Ennegrecido por el sol, estenuado por la miseria, desgarrada y hecha girones la mugrienta camisa, parece el desdichado un pingajo social, algo que vuelca el estómago y hace sublevar el espíritu.

Con veinte años menos, poco le importaría el peso de aquella carga; porque mucho más había él aguantado en su mocedad, siendo cargador del muelle, segador andaluz, jornalero en los cortijos... pero á la hora presente y con más de sesenta años acuestas, no podía ya tirar de su mísero pellejo.

Pero no había remedio. Por mucho que pesara aquel armatoste, más pesaban el hambre y la miseria. Y gracias que halló donde remediarlas entrando de peón de albañil en la obra, cuyos eran los formeros que arrastraba el infeliz á lo largo del camino.

El jornal era corto: Cinco reales el día que se echaba mano. Sin embargo, aquel dinero representaba un verdadero caudal. Con una cebolla cruda, un mendrugo de pan y un trago de aguardiente, ya tenía él la seguridad de no morir de ham-

bre. El vicio de fumar también se lo agenciaba. *Tan y mientras* que hubiera *colillas* por el mundo, ¿quién dijo penas?... Lo malo era, que con los domingos, los días lluvioso y las otras fiestas de guardar, mermábase el jornal como un maldito. Apenas si un día con otro le llegaba á dos puñaleros reales.. pero á mal dar, echar colillas, que en último resultado, ahí están la tienda-asilo ó el rancho sobrante de los cuarteles para evitar que nadie se muera de hambre...

¡Y hay todavía gentes que se quejan! ¿Qué quieren esas gentes?...

Y árre que te árre, haciendo eses como un borracho, sigue mi hombre por la carretera adelante, arrastrando su carrillo con la mansedumbre de un buey cansino.

La faena es dura, pesada, abrumadora. Los músculos declarados en huelga, no obedecen el mandato de la voluntad de arrear; los tendones del cuello se le estiran con el esfuerzo pareciendo que van á saltar como cuerdas de guitarra. La sangre se le agolpa á la cabeza; gruesos goterones de sudor caen de su frente sobre la madre tierra... Y con rechinar de mandíbulas y gruñir maldiciones para los formeros y la madre que los parió, va el bueno del hombre tirando de la viga, igual que una mala bestia... dando resoplidos de angustia, lo mismo, lo mismito que

si fuera un jamelgo de esos que en las plazas de toros mueren tan ricamente.

Por el mismo camino y en igual dirección que lleva el jornalero, aparece á lo lejos un magnífico tren arrastrado por cuatro briosos corceles. Son caballos de raza cuyo precio no bajará de mil duros por cabeza. El coche es un elegante *mail* y sólo dos personas ocupan el asiento del pescante. Un correcto lacayo haciendo de señor y un señor que actúa de cochero, guiando con arte verdadero los cuatro fogosos brutos... Eso sí; adornados, muy adornados de finos arneses, correajes de piel de Rusia, plateadas cadenas, relucientes y alegres cascabeles...

El trote es uniforme, poderoso, magnífico. Todo ello forma un *four in henu* soberbio. Los gallardos animales trotan contoneándose ufanos y orgullosos, sin advertir que se lanzan, se arrojan encima del por todos conceptos mísero Bernardo..

Encolerízase el aristocrático auriga y conteniendo á duras penas la fogosidad de los potros, grita en gringo, sabe Dios el qué... pero Bernardo no entiende ni jota de aquella, voces... Sólo sabe que estorba el paso del señor y con docilidad propia de los borregos de la vida, hace esfuerzos inauditos para dejar libre el centro de la carretera...

Y á todo correr sucede algo extraño en un instante angustioso, desesperado, tremendo... Los caballos se encabritan, resoplan indignados y pasan junto al mísero, echando chispas, atro-

pellándole materialmente. Un fustazo restalla en la cara del obrero, al mismo tiempo que un insulto innoble y grosero dicho en puro y neto castellano, le azota la *miaja* de vergüenza que aún le queda...

....Hierve el coraje en el pecho del villano ante lo brutal del insulto... Dolorido por la violencia del esfuerzo, desesperado por la inaudita injusticia que acaba de sufrir, se considera, se palpa, se vé tirando del carrillo, inferior á la más ínfima de las bestias... Por su ruda mollera pasa una idea informe... la idea, de que el inútil esfuerzo de aquellos brutos, nobles y poderosos, se aprecia más que el triste aperreo de un hombre, viejo, miserable, pingajoso... Entonces suelta los varales, mira á lo alto, se estremece de ira y lanza una blasfemia, una horrible y brutal blasfemia...

Sin embargo; hay que disculpar al infeliz teniendo en cuenta, que la infinita misericordia del Padre que está en los cielos, todo lo perdona...

Lo malo será que pueda llegar un día en que los humildes, los esclavos, se den cuenta de que no es el injuriado, el pobre Dios, quien tiene la culpa de que haya hombres en el mundo de peor condición que las bestias...

Sí señor, de las bestias; aunque sean de lujo y su precio no baje de mil duros por cabeza... Porque entonces... entonces... ¡quién sabe! Mientras tanto, adelante señores... adelante con los caballos...

Pedro Balgañón.

Sevilla, Mayo de 1901.